

un lenguaje incrédulo de sí mismo e incapaz de conducir a su través la verdad, desde la diseminación de su identidad hasta la subversión palabra-mundo que a partir de Rimbaud se prolonga con Foucault, los deconstruccionistas, las ideas heideggerianas, el psicoanálisis, el positivismo lógico, la filosofía lingüística y la tradición cultural e histórica del pensamiento judaico. Sin embargo, si partimos de esta premisa, ¿para qué realizar tal esfuerzo hermenéutico si su base, el texto, carece de identidad, si nada puede decirnos lo que nada significa, si el final de trayecto habrá de ser tan sólo «aire»? El lenguaje es, sin lugar a dudas, la única posibilidad con que el ser humano puede cono-

cer y dar forma al interior de su propio pensamiento; es el refugio, el regazo que buscamos cuando más solos o perdidos nos hallamos, la patria que nos acompañará allí donde estemos, el único de nuestros dones en el que se cumplirá *le dur désir de durer* de Paul Éluard; una apuesta contra el olvido y el silencio, la fuente inagotable que sacia la sed de nuestra sensibilidad, una apertura sin límites hacia lo otro es, en definitiva, el lenguaje, y también las lecturas que constituyen este *Espejo de aire* —así queremos pensarlo—, un parapeto contra la amnesia, una búsqueda personal del sentido a través de los textos.

**Marianela Navarro Santos**

## Los libros en Europa

**Hegel y el judaísmo**, Pedro Fernández Liria, *Ríopiedras, Barcelona, 2001*, 175 pp.

Internándose en la densa floresta de los textos hegelianos, el autor detecta dos tipologías de lo judío. La primera apunta a lo que hoy denominamos nacionalismo: un pueblo que se considera distinto del resto, que cuenta con un dios propio que es el Dios universal, y que guarda con los demás pueblos una relación de extrañeza y conquista.

En este orden, Hegel se aparta de lo judío y separa al judaísmo de la tradición occidental, al punto de considerar a Cristo como griego. Pero luego advierte que su noción del Espíritu (un sujeto infinito y eterno, indeterminado y libre, carente en sí de devenir, muerto pero creador) es igual a la judía de Dios. Además, en su mito del Diluvio, el Antiguo Testamento fija la separación entre el Espíritu por un lado y la naturaleza y la vida, por otro, de modo que éstas quedan como extrañas, escindidas y hostiles a Aquél.

O sea: Hegel empezó poniendo distancias a lo judío y acabó reconociéndose como parcial y necesariamente judío, a la vez que aceptando lo que la mentalidad judaica rechaza: que los judíos y su cultura de la subjetividad moderna (más

moderna que la griega misma) pertenecen a la ineluctable historia universal.

Fernández Liria, no limitado por su hipótesis, señala conexiones: Rosenzweig, Mendelssohn, los filósofos de la conciencia infeliz a partir de Kierkegaard, un campo donde las herencias judías y los herederos cristianos comparten inquietudes y problemas. Hegel, desde luego, es el parteaguas, el indispensable pensador del que provenimos todos los que pensamos todavía, sea a favor o en contra del profesor berlinés, el maestro de Jena, el Napoleón de las ideas, como prefería verlo Ortega.

**La vida en la ruta de la seda**, Susan Whitfield, traducción de Alicia Sánchez Millet, *Paidós, Barcelona, 2001*, 295 pp.

En la Alta Edad Media, cuando Europa vivía en la dispersión rural y sus ciudades se habían borrado del mapa, el centro del mundo era el centro de Asia, la altitud mesetaria y montañosa por la cual se iba del Cercano Oriente al Lejano. Más tarde, los europeos, repuestos de su eclipse histórico, apostaron al Gran

Juego y ganaron, trasladando el ombligo del mundo por la ruta del Sol declinante y definiendo aquel nudo geográfico como Ruta de la Seda.

Caminos comerciales, guerras y guerrillas, ciudades opíparas y monarquías rutilantes florecían por aquel tiempo. Centrándose en personajes típicos (el guerrero, la cortesana, la princesa, el monje, el mercader, etc) Whitfield traza un vivaz cuadro basado en las crónicas rescatadas por los arqueólogos a partir del tardío siglo XIX, y que ella ha examinado tenazmente entre Londres y Pekín. Por suerte, se trata de una historiadora que concibe la historia como relato y no como ciencia. Un relato que se erige en construcción de sentido entre las briznas del olvido que se guardan en dispersos documentos. Es como si halláramos una flor seca entre las páginas de un viejo libro y descubriéramos en ella una enigmática humedad perfumada, un confuso aroma de alcoba, campamento, feria y campo de batalla.

A partir de la minucia concreta, Whitfield pegotea las piezas del rompecabezas y así podemos anoticiarnos de industrias, armas, banquetes, vestimentas, ardides eróticos, intrigas dinásticas, intercambios mercantiles, cultos religiosos, leyendas, todo ello pacientemente llevado y traído por caravanas de camellos y mulas que, amenazadas por los bandidos y respetadas por los ejércitos,

van urdiendo el tejido de la historia con los sutiles hilos de la seda, que el tiempo destruye y el historiador reinventa.

**Matrimonio y moral**, *Bertrand Russell*, traducción de Manuel Azaña, prólogo de Manuel Garrido, *Cátedra*, Madrid, 2001, 206 pp.

Escrito en 1929, este libro acusa el paso del tiempo en su sentido positivo. Algunas de sus propuestas han pasado a ser el folclore moral del mundo desarrollado, como el manejo de la contracepción, la igualdad sexual entre hombres y mujeres, la libertad de las costumbres corporales, el divorcio, el control demográfico, etc. Russell tiene un concepto clásico del matrimonio, una sociedad destinada a la crianza y educación de los hijos, dentro de un marco de respeto y liberalidad sexual. El amor es otra cosa, esa cosa más bien indefinible que actúa de modo asocial, secreto y alocado. El filósofo y matemático inglés prefiere dejarlo fuera del matrimonio.

Russell era anticatólico y polemizó con San Pablo y su visión del matrimonio como un remedio contra la fornicación. Quizás hoy el catolicismo le diera más razón al primero que al segundo. Era, tam-

bién, partidario de la eugenesia para evitar que proliferaran débiles mentales y cretinos en una sociedad industrial y democrática. No le faltaron arrestos racistas, pues creía que ni los indígenas americanos ni los negros habían aportado gran cosa a la humanidad, salvo cuando fueron conquistados por los blancos. Así de embrollada es la historia de las ideas. En 1929 toda la Europa continental estaba hechizada con la figura del dictador y Russell militaba a favor del liberalismo democrático y el pacifismo. Pero matices son matices y penumbras son penumbras.

Vivaz, didáctico, elocuente, peleador pero no agresivo, Russell sigue teniendo cierta lozanía insolente a pesar de los años. Pensarlo en la España de Primo de Rivera y traducido por Azaña no deja de tener un valor añadido. Y en cuanto al matrimonio, si es que subsiste, será porque también aquilata una historia, ahora indecisa, inestable y crítica, pero, por eso mismo, más histórica que nunca.

**Sciascia, el maestro de Regalpetra,** Matteo Collura, traducción de Josefa Palomero, Alfaguara, Madrid, 2001, 382 pp.

La vida biográfica –valga la redundancia– de Leonardo Sciascia

es modesta en anécdotas. Nada parece demasiado dramático en ella, salvo el suicidio de un hermano. Un matrimonio estable, una carrera de escritor reconocido, un prestigio de santón moralizador en medio de un mundo estrictamente corrupto y larvadamente criminal, todo ello da para poco al biógrafo. Añádase que Sciascia era un hombre austero en un medio austero.

Pero, si se amplía la mirada al mundo circundante, aparecen el fascismo, la guerra, la mafia, la pobreza siciliana. Y aparecen los rasgos detestables e irrenunciables del hijo de Sicilia que quiere no serlo y desea serlo. El anarquismo sciasciano tiene puntos de contacto con el rechazo del Estado promovido por la *Onorabile Società*; su repugnada fascinación por la política se toca con una experiencia similar que le promueve la Iglesia católica.

En otro orden, Sciascia se muestra como un escritor al cual no le interesa la literatura, que quiere moralizar, anotar y situarse en la actualidad por medio de una escritura que no imagina como perdurable, que no merece mayor cuidado ni pretende suscitar placeres estéticos.

El nudo así tejido es complejo e interesa al lector de biografías porque Collura –amigo y conocedor cercano de Sciascia– a pesar de su admiración reverente por el hombre, no puede evitar retratar las contradicciones del personaje. A través de ellas obtenemos un cumplido pano-